

nados con citas de Burke. Hasta hoy ha permanecido sin respuesta la protesta de Macaulay contra la crueldad inútil de colocar á un hombre en una posición que puede ser falsa, ya para sus convicciones personales, ya para la sediciosa teoría de la obligación ministerial; protesta que todavía tiene gran fuerza cuando se dirige contra la extravagante indiscreción de emplear el inmenso peso y autoridad del Banco de Tesorería para decidir á votar acerca de una proposición abstracta que puede no tener valor posible, excepto en el caso de producir una indicación genuina y sin preocupación de opinión parlamentaria.

Londres, 4 de Julio de 1839.

Querido Napier: Siento mucho que tuviera usted tanto interés en que le enviase un escrito mío. No estuve, realmente, prudente, porque yo debí haber escrito antes para decir á usted que me era completamente imposible hacer cosa alguna por el presente. Daré á usted la vida de Clive para Octubre; el asunto es grande y se presta á innumerables ilustraciones.

Yo debía haber hablado sobre la cuestión de la educación, pero los ministros obligaron á hacerlo á Vernon Smith cuando yo me iba á levantar, y no tendré otra oportunidad hasta que Goulburn se harte, después de aburrir enteramente á la Cámara. Quinientos pueblos han sido llamados y consultados sobre esta cuestión, y aunque algunos de nuestros amigos deseaban que probase mi fortuna, yo fui demasiado prudente. Un segundo discurso sobre el mismo tema es una cuestión delicada y siempre es expuesto dirigirse á un público impaciente, por haber pasado la media noche.

No escribiré nada para usted acerca de educación ó de cualquiera de las otras cuestiones políticas pendientes, porque me asaltan dos temores: uno, que acaso confíe demasiado en mí mismo, y otro, que puedo colocarme en mala situación; pero continuaré ocupándome de historia, literatura general y la parte meramente especulativa de la política, en lo que escriba para la Revista.

Siempre de usted,

T. B. M.

Edimburgo, 2 de Septiembre de 1839.

Querido Napier: Trabajo sobre Clive todo lo que puedo, y hago el escrito tan corto como me es posible; pero no me puedo comprometer á hacerlo en un tiempo determinado, por largo que este sea, antes bien, me preocupo más de que el artículo salga bien.

Trataré de estar en Londres de nuevo sobre el 18. Dios haga que estos cambios ministeriales produzcan buen resultado. Las oficinas nunca han tenido para mí atractivo alguno, y sin embargo, y por esto, temo no poder, cual hombre de valor, renunciar si me es ofrecido algún puesto.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Londres, 20 de Septiembre de 1839.

Querido Napier: He llegado esta mañana temprano, habiendo, principalmente por usted, acortado mi estancia en París y cruzado á Ramsgate, con un tempo-

ral tal, que las malas no podían coger el puerto de Dover. Esperaba disponer de cinco ó seis días de trabajo no interrumpido, en los que hubiera podido concluir mi artículo para la Revista; pero hallé esperándome—esto es absolutamente confidencial—una carta de lord Melbourne con el ofrecimiento del ministerio de la Guerra y un asiento en el gabinete. Me ocuparán mucho, como debe usted suponer, en esta temporada, las conferencias y correspondencia; pero le aseguro que todos los minutos que tenga libres, los emplearé en servir á usted. Tengo esperanza de tenerlo todo dispuesto y enviar á usted el artículo hacia el 30. Quiero escribir los nombres de localidades con toda la propiedad posible.

Mis proyectos históricos pueden considerarse por el presente suspendidos (1); pero no tengo razón para dudar de poder trabajar, como siempre, para la Revista. De nuevo recuerdo á usted que la consigna es el silencio.

Siempre de usted,

T. B. M.

Macaulay aceptó el ministerio de la Guerra sin mostrar repugnancia; pero no llegó á esta elevada posición sin sufrir los contratiempos que acompañan siempre al éxito. Un hombre que habiendo comenzado su vida sin rango, fortuna ó intereses privados, se halla formando parte del gabinete y consejo privado antes de cumplir los cuarenta años, puede estar se-

(1) «*Viernes, 9 de Marzo.*—He comenzado mi Historia con un bosquejo de las antiguas revoluciones de Inglaterra. Bastante bien, pero acaso un poco elevado y retórico.»—*Diario de Macaulay, 1839.*

guro de que no permanecerá ignorado nada de lo que pueda decirse en contra suya. El *Times*, que había sido fiel á sir Roberto Peel, á través de todos los cambios de su fortuna, mezcló en su disputa pública con el gobierno whig su rencor personal contra el nuevo ministro. Se hizo pública aquella envidia por medio de un lenguaje que señala de un modo curioso el cambio que, entre aquellos días y estos, ha tenido lugar en el tono del periodismo inglés. Durante varias semanas y aun en sus artículos de fondo, aquel gran periódico no usó otro apelativo para designar á nuestro gran hombre que el de «Mr. Macaulay el charlatán». Cuando en compañía de Sheil juró el cargo en el consejo privado, el *Times* expresó su disgusto en diatribas que aun entonces no eran usuales en la controversia política. «¡Estos hombres consejeros privados! ¡Estos hombres introducidos en el castillo de Windsor! ¡Quita allá! ¡Apenas son aptos para ocupar las vacantes producidas por la sensible muerte de dos monos favoritos de Su Majestad!»

Sucedió en aquellos mismos momentos que cayó Macaulay en un enredo, que facilitó á sus detractores el cambio de sus diatribas generales por otras particulares. Cuando creyó deber participar á sus electores que había aceptado un puesto oficial, tuvo el descuido de fechar el documento en el castillo de Windsor. El *Times* saltó con esta ocasión; pero sería desagradable dar importancia á los cotidianos improprios de algunos escritoruelos envidiosos, reproducirlos bajo el amparo del nombre de aquel famoso diario, que tiempo atrás rara vez dejaba pasar una semana sin publicar referencias admirando los escritos de Macaulay ó llamamientos respetuosos hacia su autoridad.

Transcurrieron muchos meses antes que el nuevo

ministro de la Guerra dejara de oír lo del castillo de Windsor. Aquella desdichada libertad de las plumas de los periodistas, daba materia que comentar y ridiculizar en el Parlamento, en los tribunales y en los últimos rincones de la prensa diaria y semanal, y había obtenido una probabilidad de larga vida con motivo de una alusión á las obras de Thackeray (1). En los últimos años parece que el gran novelista sintió arrepentimiento, por lo que, después de todo, no había sido sino un toque satírico, natural é inocente. En su sentida y generosa noticia de la muerte de Macaulay escribe: «Siempre me pareció que eran propios de Macaulay, amplios medios intelectuales y distinción reconocida. Hace años que se levantó un miserable clamoreo, á causa de haber fechado Macaulay una carta en el castillo de Windsor, donde residía entonces. ¡Dios inmortal! ¿No era este hombre digno huésped de cualquier palacio en el mundo y compañero en el igualmente digno de cualquier hombre ó mujer?»

(1) Tiempo hubo en que el negocio de autor era considerado indigno, y ningún caballero de familia respetable podía ocuparse en él, á no ser como mero aficionado; pero tengo esperanza y deseo de que llegue el día en que desaparezca semejante preocupación. Si hubiera entonces algún noble con talento artístico, ¿qué efecto haría ver figurar su nombre en la lista de la R. A. (Real Academia)?

- | | | |
|--|---|---|
| 501.— <i>El maestro de escuela</i> (bostejo tomado desde fuera). | } | Bruw, Enrique, Lord,
R. A., F. R. S., S. A. del
Instituto Nacional de
Francia. |
| 502.— <i>Vista de la residencia de un artista en Windsor</i> | | Maconkey. Muy honorable T. B. |
| 503.— <i>Asesinato de los Infantes en la Torre</i> | } | Bustle, Lord J., Muy honorable Sir Roberto. |
| 504.— <i>Una pequeña agitación</i> | | O'Carvoll, Daniel, Muy R. I. A. |

¡Imagínese, digo yo, nombres tales, apareciendo en el Catálogo de la Academia!

Después de Austerlitz, los oficiales y lacayos de la corte se burlaban de Napoleón, porque fechaba sus escritos desde Schoabrun. Pero aquel miserable clamoreo del castillo de Windsor fué un eco de los constantes recuerdos del mundo viejo. El puesto de tal jefe era entre los primeros de la tierra, y mejor es un país, según nuestras naciones británicas al menos, cuanto en él los hombres eminentes tienen mayores probabilidades de alcanzar los altos puestos y dignidades, debidos á su genio é inteligencia.»

Macaulay tomó su elevación con tranquilidad, preocupándole muy poco ó nada el lenguaje duro que contra él se empleaba. Había cifrado siempre su felicidad en sus propias obras y jamás consintió que dependiera de la benevolencia de los demás. Sus biógrafos no tienen ocasión de escribir aquellas páginas, en que los sufrimientos y errores del genio son recomendados á la conmiseración indignante de la posteridad. En Diciembre de 1839 escribía á Mr. Napier: «Piensa usted demasiado en lo que el *Times* dice de mí. ¿Qué conseguiría usted proponiéndose demostrar si me injurian ó no? Su violencia no me desalienta, y está tan lejos de ser un medio ó una prueba de fortaleza en los contrarios, cuanto que es á la vez síntoma y causa de debilidad.» Este es el único lugar en todos sus diarios y correspondencia, en que Macaulay hace referencia á aquella larga serie de invectivas que le dirigieron durante muchos meses desde las columnas de los principales periódicos, tanto más inusitada cuanto que iba dirigida á un hombre irrepreensible que era una eminencia reconocida.

Por lo demás, estaba en aquellos momentos menos dispuesto que nunca á preocuparse de la justicia ó injusticia con que le tratase el mundo exterior, porque

un acontecimiento inesperado, que tuvo entonces lugar en su familia, le abrió una larga y severa perspectiva de felicidad doméstica. Hacia el final del año 1839 su cuñado, Mr. Trevelyan, fué nombrado el auxiliar del ministro de Hacienda, uno de los pocos puestos en el servicio civil inglés que podía recompensar á un hombre enérgico y de espíritu público de la renuncia á un trabajo intenso y útil y á las pocas ocasiones de distinguirse que ofrece una carrera en la India. «Este acontecimiento, escribe Lady Trevelyan, hizo que viviéramos en Inglaterra durante la vida de Macaulay, que no pudo jamás hablar de él sin emocionarse. El otoño de 1839, en que vivió completamente aislado ante la perspectiva de nuestro regreso á la India, fué su preocupación más penosa y constante, y cuando alcanzamos el alivio y alegría consiguiente de este destino, él recobró su juventud y la libertad de su espíritu. Tomó una casa en Great George Street, é insistió con nosotros para que todos viviésemos juntos; el año 1840 fué el más dichoso para él.

De igual modo que otros años felices, fué también éste de los más ocupados. Macaulay, que había dejado á un lado por completo su historia, consagraba toda su atención á su trabajo oficial. Conducía en el Parlamento los negocios que estaban á su cargo con una asiduidad inquebrantable é invariable cortesía, medios por los cuales un ministro prudente puede hacer mucho para acortar las discusiones y quitar importancia á la oposición, con lo que, á la verdad, el espíritu de los tiempos era tal, que tenía probabilidades de llevar una vida tranquila. La Cámara de los Comunes de 1840 empleó en el ejército muy poco de su tiempo y del dinero de la nación. La escasez é insignificancia de las cuestiones que caían bajo el dominio de

Macaulay, bien podían despertar la envidia de cualquier ministro de la Guerra en estos agitados días en que está variando constantemente la organización militar. Trabajaba para que pasaran los presupuestos de su departamento, que eran de un importe total capaz de hacer las delicias de un reformador moderno, después de una corta oposición por parte de Hume, y sólo en una partida convino con él aquel implacable economista, en vista de que muchos del partido, así como el gobierno mismo, pedían millones para ella. Mister Carlos Macaulay, que por aquel tiempo fué secretario particular de su hermano, es la autoridad que tenemos presente para contar una anécdota que es oportuno referir. Recuerda que se hallaba en la galería de la Cámara de los Comunes con Sullivan, el auxiliar del ministro de la Guerra y con el oficial de presupuestos del mismo centro, cuando Macaulay fué á someter á la Cámara su primer presupuesto del ejército. En el curso de su peroración dió cuenta de una partida, á la que objetó el oficial de presupuestos «que era un error». «No—dijo Sullivan;—jamás le he visto cometerlo en nada que él haya hecho.»

El 14 de Marzo de 1840 escribía Macaulay á mister Ellis: He hecho pasar un presupuesto con banderas desplegadas, haciendo un largo discurso de números y detalles sin dudas ni equivocaciones de ninguna especie; he examinado toda suerte de cuestiones, gastando seis millones del Erario público en el espacio de una hora ó dos. Me gusta esta clase de trabajo y tengo alguna aptitud para él. Hay á mi alrededor asuntos bastantes para ocupar todo mi tiempo, y si acaso dispongo de cinco minutos, los gasto con mi hermana y sobrina, de tal modo que, excepto cuando estoy vistiéndome y desnudándome, no tengo tiempo